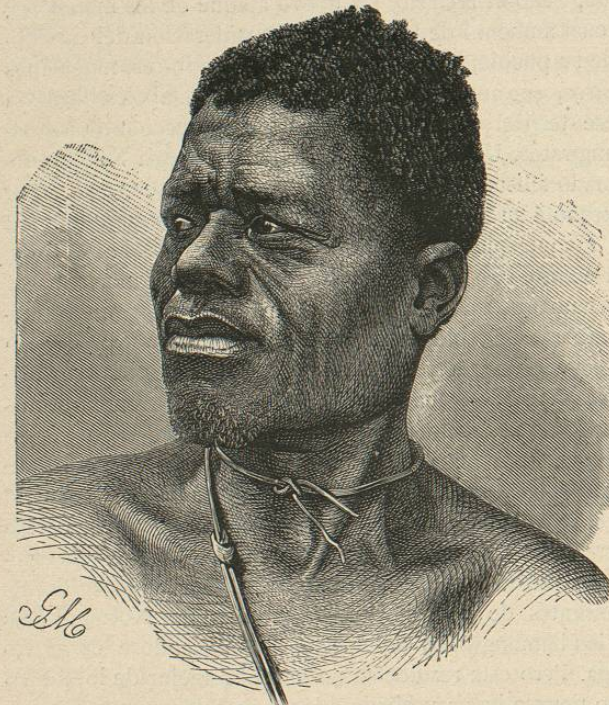


prendió que una tendencia demasiado exclusivista hacia las nuevas creencias le perjudicaba en lo concerniente á las rentas provenientes de aquellas instituciones paganas (hechizos para la lluvia y otras), cuya práctica era, por tradición, de incumbencia del rey. Setscheli asistía á la iglesia é hizo bautizar á sus hijos, pero siguió siendo sumo sacerdote de sus bakwenas, paganos en su gran mayoría. La presencia de misioneros y comerciantes ingleses hizo por lo menos que Setscheli se familiarizara con las ventajas materiales de la civilización por la cuenta que le tenían. Así por ejemplo, se hizo construir y amueblar por su comerciante Taylor una casa á la europea, que le costó 3,000 libras esterlinas pagadas en bueyes y plumas de avestruz.

Parece que la naturaleza dócil y acomodaticia de los betschuanos es más á propósito para utilizar las ventajas de la



Un damara montañés (de una fotografía que posee el Sr. Dr. Fabri, en Barmen)

civilización que la de los cafres del Este, por ejemplo, los cuales son mejores guardadores de su propio país. Otras tribus distintas de las de los basutos y bamangwatos supieron explotar en este sentido el contacto con los blancos que no eran bastante fuertes para rechazar. Los batlapis nos ofrecen un ejemplo de la estrecha relación que existe entre la cultura general y la condición material de estos pueblos y aun de todos. En ninguna tribu cafre han conseguido las misiones tan grandes éxitos. Cuando fué descubierta esa tribu, sus individuos constituían un pueblo insignificante y sucio, pero la proximidad de la colonia les permitió dedicarse al comercio y como la influencia de los misioneros les preservaba de la guerra, se encontraron en condiciones de poder juntar un gran número de reses. Con ello desgraciadamente aumentó su soberbia y desde entonces algunos choques con los boers debilitaron nuevamente á ese pueblecito.

Al cuadro de la historia betschuana, tal como se nos presenta en el pequeño período en que podemos examinarla, pertenecen, además de las tribus florecientes y de las completamente destruídas, las diseminadas que ó vagan errantes sin patria ó tienen sus residencias en las cimas de las montañas ó en los pantanos.

Los bakalaharis son, en general, los betschuanos del Oeste, pero se acostumbra á designar con aquel nombre á aquella parte de los bakwenas y de otras tribus betschuanas que está diseminada por la estepa y que á pesar de haberse mezclado con los bosquimanos allí indígenas, ha conservado tenazmente las cualidades y afinidades de tribu. Livingstone dice: «Habitando en la misma estepa que los bosquimanos, sometidos á las mismas influencias climatológicas, sufriendo las mismas miserias, reducidos desde hace siglos al mismo alimento, los bakalaharis parecen ofrecer una prueba poderosa de que no siempre las circunstancias de lugar bastan para explicar las diferencias de razas. Los bakalaharis profesan con la misma energía que todos los betschuanos la predilección por la agricultura y por los animales domésticos: todos los años cavan sus huertos, por más que su cosecha se reduzca á algunas calabazas y melones, y cuidan y crían con esmero pequeños rebaños de cabras, aun cuando á menudo, como yo mismo he visto, tengan que sacar el agua potable de pequeñas fuentes por medio de cáscaras de huevo de avestruz que hacen las veces de cucharas.» Los bakalaharis han conservado sus relaciones con las tribus betschuanas que habitan al lado del desierto y se mantienen aferrados á la especie de clientela en que viven respecto de los caudillos de éstas.

Mejor ejemplo todavía nos ofrecen los bahurutses que viven junto al Botleti y al lago Kumadua, un poco hacia el Sudeste del Ngami. Antiguamente habitaban más hacia el Oeste, en el Mariqua, y constituían una de las más poderosas tribus de esa comarca, pero luego, á consecuencia de algunas disensiones intestinas, se dividió en varias ramas que se combatieron continuamente, hasta que Mosilikatse se lanzó sobre ellas y las diseminó. En su consecuencia, una tribu se dirigió hacia el río Schuschi, en donde se subdividió nuevamente dirigiéndose una rama de la misma hacia el río Botleti: ésta, en tiempo de Chapman, se encontraba bajo la soberanía de los bamangwatos, á quienes pagaba tributo, y gracias á la defensa que la proporcionaban los pantanos y los lagos que la rodeaban, recuperó su antigua fuerza, mezclándose y confundiéndose con los botletis allí residentes. Merced á la protección del caudillo Tschapo, fundáronse aldeas enteras de fugitivos makalakas, bakalaharis y bosquimanos: «cada día había un nuevo crecimiento» (Chapman). Esa tribu poseía un país fértil y grandes rebaños de ovejas y de cabras y apenas abandonaba sus pantanos que, afortunadamente para ella, eran punto menos que inaccesibles para los extranjeros.

CAPITULO XI.

EL PAÍS DE LOS DESIERTOS Y DE LAS ESTEPAS DEL SUD DE AFRICA

(Que más bien une que separa á los pueblos.)

Desierto de Kalahari. — País de los damaras. — Escasez de agua. — Clima. — Flora. — Fauna. — Lago Ngami. — Lago Kumadua. — Transición á la flora y á la fauna tropicales.

Al Norte del río Orange ó Gariép y al Sud del lago Ngami, es decir entre los 28 y los 20° de latitud Sud, extiéndese, desde las montañas que rodean las fuentes del Limpopo hasta el mar Atlántico, una comarca de estepas, pobre en aguas, cuyas partes central y oriental se reconocen con el nombre de desierto de Kalahari, al paso que la occidental, es decir la situada hacia la costa, toma el nombre de país de los grandes namaquías y país de los damaras. Este país, aunque pobre en aguas, no es propiamente un desierto, sino que disfruta de un período de lluvias veraniegas,

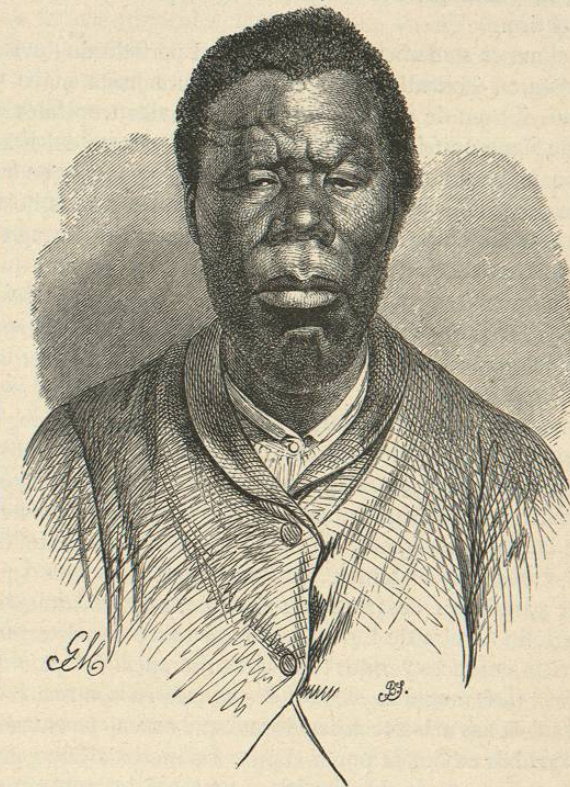
que se reproduce con bastante regularidad por más que se manifieste con poca abundancia y en forma de tempestades: á consecuencia de esto, posee algunos lechos de ríos que en determinadas épocas se colman y un mayor número de manantiales y pantanos como también de «agujeros chupadores,» en apariencia secos, de cuyas húmedas arenas saben los bosquimanos chupar por medio de cañas una cantidad de agua suficiente para muchas personas. Todo el territorio, al igual que el país del Cabo propiamente dicho, es muy elevado (por término medio 1,200 metros) y desciende insensiblemente al Norte hacia el lago Ngami y hasta los pantanos salinos situados á más bajo nivel que éstos. La parte más árida de este desierto es la situada al Sud del trópico, en donde á la sequedad de la atmósfera se une un clima excesivamente rígoroso, propenso á la crudeza y en donde aparecen las circunstancias más desfavorables para la vegetación. Por lo demás, ni aun en este punto es el Kalahari una llanura uniforme y mucho menos una llanura de arena, pues á menudo aparecen peñascos y en los puntos más bajos se encuentra un suelo limoso con una delgada capa de humus. Aisladamente aparecen las crestas de arena procedentes de las dunas que, colocadas una detrás de otra en largas filas, á menudo paralelas, hacen que una parte del Kalahari «se parezca á las olas del mar.» Hacia el Norte encontramos algunos grandes árboles ó por lo menos una vegetación más frondosa.

El país de los damaras forma, hablando en general, la mitad septentrional de las estepas del Sud de Africa que, entre el Orange y el Cunene, avanzan hacia el Atlántico. Su extensión superficial puede calcularse en 5,000 millas cuadradas, y se compone de una costa árida, formada en la mayor parte de sus puntos por dunas, detrás de las cuales aparecen peñascos, tales como las encontramos en vasta extensión en la costa occidental del Sud de Africa, formando una cordillera de 400 millas alemanas. Una vez salvada esta playa inhospitalaria, que aun en los puntos más favorables hace muy difícil penetrar desde la costa hasta el interior, se llega á una meseta que gradualmente se va elevando hacia el Este y que tiene una anchura media de 16 millas alemanas: esta meseta es el desierto de Naarib. «Ningún árbol, ningún arbusto, dice Josaphat Hahn, ningún tallo de hierba se encuentra en una extensión de varias millas que pueda recrear la vista del viajero: nada más que grandes y pequeños bloques de granito, de formas y colores distintos, se ofrecen á las miradas del que con ansia busca, aunque en vano, algún objeto que le atraiga. Algunas grandes y aisladas moles de granito, aquí y allí esparcidas, semejan sepulcros y ruinas de un tiempo pasado, asentadas sobre aquellas colinas parecidas á las olas del mar, desnudas y blanco-rojizas, cual si alguien las hubiera subido á ellas y colocado simétricamente.» Hacia el Norte, este aspecto de desierto se suaviza formando una meseta en forma de colina y abundante en pastos, de 600 á 1,200 metros de altura, llamada Kaoko, que es el territorio más favorable para los damaras poseedores de rebaños. En el límite oriental de esta región, una de aquellas partes del país de estepas del Sud de Africa que más merecen el nombre de desiertos, álzase una comarca montañosa, en la cual varios largos valles y profundas gargantas separan entre sí algunas mesetas cubiertas de verdura, largas crestas de montañas y algunos picos. Aquí predomina el granito, cuyos colosales peñascos se amontonan á menudo unos sobre otros dejando entre sí cavernas para las fieras. Esta comarca montañosa, sin embargo, sólo ocupa, á lo sumo, la quinta parte del país, extendiéndose al Este de la misma otra elevada y árida meseta, desde la cual algunos

TOMO I

lechos de ríos completamente secos conducen hacia el Ngami y sus afluentes y por el otro lado hacia el mar Atlántico. En esta meseta, cuyo suelo está formado principalmente de piedra arenisca y caliza, levántanse pequeñas y achatadas colinas, parecidas á la montaña Tabla del Cabo, que están cortadas perpendicularmente y á menudo rodeadas de peñascos, que recuerdan artísticas murallas, constituyendo fortalezas naturales, que muchas veces han sido utilizadas como á tales, en aquel país con tanta frecuencia manchado de sangre.

El agua es la cuestión vital de este país, siendo para éste una gran calamidad la extraordinaria escasez de este elemento de vida: no hay en él ningún río constante y sí únicamente algunos arroyos que durante la mayor parte del año están secos. Causa risa oír llamar al Swachaup, que



Un caudillo de los bandjeris (de una fotografía que posee el señor Dr. Fabri, en Barmen)

desemboca algo al Norte de la bahía de la Ballena, «la vena del país,» pues es una vena seca en su mayor parte. Aquellos arroyos llevan, sin embargo, agua: situados en terrenos sumamente bajos y cerrados por altas paredes, son frescos y sombríos y por ende más ricos en plantas que las caldeadas llanuras, siendo los mejores y aun los únicos caminos del interior. El lecho del río, liso como una llanura, está cubierto parte de arena, parte de casquijo y parte de enredaderas, melones silvestres y hasta de musgo. A veces, se encuentra un pequeño estanque ó un arroyo, cuya agua fresca va á morir brevemente en la arena. «¡Qué admirable contraste—dice Hahn—el que existe entre la comarca que se extiende á algunos centenares de pies de altura á ambos lados del río! El que de aquellos ardientes y áridos desiertos desciende á este valle fresco y agradable, puede en el primer momento creerse protagonista de un cuento de hadas.» No tan á menudo como sería de desear hállase este idilio interrumpido por algunas corrientes agitadas y atronadoras, que con frecuencia adquieren prontamente tal rapidez, que muchas veces han sido por ellas arrastrados los viajeros que creyeron sentarse junto á un

manso riachuelo. Fuera de estos lechos de río, el agua escasea, pues los manantiales son raros y los que hay contienen á menudo agua caliente ó salada. Respecto de este territorio puede sostenerse lo que muchos han afirmado hablando del Sud de Africa, á saber, que ha sufrido un cambio radical en punto á riqueza de aguas: las notables diferencias del caudal de agua del lago Ngami demuestran la existencia de grandes perturbaciones, existiendo sobre este particular entre los indígenas una porción de leyendas que no han sido sin embargo confirmadas. Para no citar más que una prueba notable, recordaremos la afirmación hecha por Baine, quien asegura haber oído decir á los indígenas que la laguna de Chanzé, de la que á duras penas puede hoy sacarse agua, era «no hacía mucho tiempo» tan grande que un cazador que desde una orilla quisiera tirar á alguna pieza que bebiese en la otra, podía fácilmente errar el tiro.

El clima es sumamente extremado: el período de lluvias comienza en diciembre ó en enero y dura hasta mayo y durante él caen de cuando en cuando lluvias tropicales á las que sigue un frío intenso. Durante los vientos del Este que en mayo ó junio empujan las nubes lluviosas, y en las noches claras de julio y de agosto, no son raras las heladas, cayendo también á veces algunos nevascos. En agosto comienzan á dejarse sentir aquellos vientos calientes que en un momento secan toda la vegetación y asolanan el país: siguen á éstos las tempestades cuyo rasgo característico son los violentos torbellinos que empujan delante de sí verdaderas trombas de arena; los damaras los denominan *orokumbanhera*, es decir mendigos de lluvia, porque por regla general son precursores de ésta. En setiembre y octubre caen fuertes aguaceros. Algunos minutos de los violentos chubascos que los siguen bastan para inundar la comarca sobre la cual descargan, cubriéndose inmediatamente de lagos, cascadas y torrentes, pero una hora de sol es suficiente para hacer desaparecer toda huella de devastación. El período regular de lluvias extiende sobre aquel territorio, hasta entonces yermo, toda la exuberancia del país de estepas: «Las montañas y los valles se cubren con una cantidad tal de las más preciosas flores, que casi no se encuentra sitio libre en donde poner el pie.» La hierba alcanza una altura mayor que la del hombre y ofrece á los rebaños el mejor de los pastos; pero como los damaras no saben guardarla, pronto el sol y el próximo período de sequedad la tuestan convirtiéndola en polvo.

La flora de este territorio es la de las estepas, cuyos principales elementos los constituyen las malezas espinosas, los árboles de mala calidad y dispersos, las hierbas altas y duras, las cebollas y las cucurbitáceas, los jugosos euforbios y las plantas carnosas. En el país de los damaras abundan más que en el Kalahari las malezas espinosas impenetrables que cubren tan extensas llanuras, que esta es una de las causas que hacen inhabitable una gran parte del territorio. En aquellos valles profundos, aunque pobres en aguas, y aun en el territorio de las estepas crecen plantas propias de climas húmedos, y si bien conforme al carácter de estepas esta flora no ofrece gran riqueza, comparte con la del Kalakari la abundancia de plantas alimenticias que caracteriza á la vegetación de éste. Aquí como allí, la fuerza de las circunstancias externas ha contribuido mucho á esa riqueza, pues cuanto más pobre en general es la naturaleza, más sienten los hombres la necesidad de apropiarse todo cuanto pueda serles útil. Pero en medio de los esfuerzos que exige la naturaleza de las estepas, hay algo favorable al hombre en el hecho de acumular sustancias alimenticias constituidas por las partes vivas de las plantas, especial-

mente raíces, cebollas y tubérculos, que gracias á sus propias plantas no se agostan. Algunos de estos vegetales alimenticios han llegado á ser indispensables para esos pueblos; muchos de ellos les son por lo menos sumamente útiles: entre los primeros, se cuenta la llamada *liroschia* ó *tschappa* que tiene, á medio metro de profundidad, un tubérculo-raíz mayor que la cabeza de un niño, el cual debajo de una corteza dura oculta una pulpa jugosa, fresca y alimenticia, que más de una vez ha salvado de una muerte segura al viajero extenuado por la sed. Baines vió algunas de estas raíces, llamadas también *markwhae* ó *marfwahe*, que tenían un metro de largo y casi otro tanto de ancho y encontró que el mascar un pedacito de ella era más refrigerante que el beberse igual cantidad de agua: el jugo de este tubérculo es lechoso. En la parte montañosa del país de los damaras, una especie de cebolla, á la cual los indígenas dan el nombre de *pentje*, constituye en la época de sequía casi el único alimento de los damaras pobres, errantes y parecidos á los bosquimanos. El *mesembryanthemum edule*, que produce el higo hotentote, fruto comestible, posee unas hojas jugosas que á menudo reemplazan para los bueyes el agua y aun en los casos de necesidad el hombre mismo se acoge á ellas para aplacar su sed; igual papel desempeñan los variados melones y calabazas, especialmente las sandías, por la gran cantidad de agua que contienen. Hay también un cacahuete del tamaño de una castaña que después de asado proporciona un alimento farináceo. Una planta convolvulácea, á cuyo fruto se da el nombre de *nara*, cubre las montañas de arena de las dunas de la costa y constituye una de las plantas más útiles del Sud de Africa: su fruto del tamaño de una manzana y de un color amarillo verdoso contiene una carne muy amarilla que es excesivamente refrigerante, pero comida en gran cantidad daña los labios y el paladar. De esta fruta viven casi exclusivamente durante tres ó cuatro meses del año los indígenas, y los muchos huesos que en su carne se encuentran son cuidadosamente guardados en bolsas de cuero y constituyen también un alimento importante. Este fruto lo comen con gran gusto no sólo los hombres sino los animales, desde el ratón al buey y al avestruz, las fieras y según Andersson los buitres, de suerte que es verdaderamente una fuente de vida en esas pobres comarcas. Esta planta sólo crece en una estrecha lengua de tierra de las dunas. «Pero—dice Andersson—este pobre país desierto está tan faltado de medios de alimentación que sin la nara estaría completamente deshabitado.» Chapman habla también de un tubérculo á modo de patata que se encuentra en estado silvestre. Los bosquimanos recogen además algunas bayas que se comen crudas ó se hacen fermentar y se prepara con ellas una bebida refrescante: los indígenas las llaman *mogoana* y *mavetloa*. Los arbustos espinosos abundan de un modo extraordinario, especialmente la *acacia detinens*, de uno á tres metros de altura, que los boers denominan «Espera un poco» porque sus espinas se clavan fácilmente en los vestidos y detienen á los viajeros. Al género de las acacias pertenece la mayor parte de los árboles del territorio del Kalahari, siendo los más dignos de mención la *acacia giraffae*, que llega á alcanzar una altura de 12 metros, y la *acacia horrida*, cuyas espinas son de cinco centímetros. Afortunadamente estos arbustos y semiárboles raras veces aparecen en grupos espesos, pues de otra suerte el paso por los caminos al través de estas estepas sería sumamente difícil. No sin razón ha clasificado el doctor Kirk estos arbustos espinosos en tres clases, desgarradores de vestidos, desgarradores de carne y desgarradores de carne y vestidos.

La riqueza de la fauna sud-africana, de la que nos hemos ocupado en otro lugar (véase pág. 66), mostróse al principio con todo su esplendor en estos países de estepas: el país damara especialmente abundaba no sólo en rebaños de antílopes sino también en elefantes y rinocerontes. Esto es tanto más importante cuanto que el atravesar el Kalahari no ofrece tantas dificultades como el cruzar, por ejemplo, el Sahara. Cierto que Setcheli dijo á Livingstone, cuando éste emprendió su primer viaje de Kolobeng al Ngami: «Hasta para nosotros, los hombres negros, es imposible atravesar este desierto, excepción de algunos años en que llueve más de lo ordinario y crece por ende una cantidad extraordinaria de sandías»; pero los hechos demuestran que los bosquimanos y los bakalaharis saben atravesar esta estepa sin caballo y sin ningún «barco del desierto» y sin otra provisión de agua que la que pueden llevar en sus bolsas formadas con racimos de huevos de avestruz vacíos. De aquí que este desierto más bien que separa une á los pueblos, gracias á una circunstancia que Livingstone ha hecho notar con mucho acierto. En efecto, este viajero considera importante la situación de este desierto llamado Kalahari, como punto de refugio de todas las tribus perseguidas, y deduce de ello que «este trozo de territorio no es en manera alguna insignificante.» Muchas tribus betschuanas, los bakalaharis, han fijado su residencia en el desierto: otras, como los bakwenas, bangwetses y bamangwatos, se retiran al mismo cuando se ven atacados en sus residencias por los matabeles. Un gran número de esas tribus pereció allí y Livingstone, algunas décadas después de esta catástrofe, apenas encontró entre los bakwenas más de un anciano que pudiera referir la historia de su tribu, pues casi todos los hombres viejos habían perecido en el desierto. No fué mejor la suerte de sus enemigos que hasta allí los persiguieron, pues centenares de ellos murieron, quedando sólo de unos y otros un resto que se mezcló formando un nuevo pueblo.

El lago Ngami, con su superficie variable y con los pantanos y estepas que lo rodean, pertenece todavía al Sud de Africa, por más que confina marcadamente con el Norte tropical abundante en aguas, y por su naturaleza lacustre es de gran importancia para el clima de esta región. Los primeros europeos que lo visitaron han dicho que era un receptáculo de agua más pequeño y menos hondo de lo que habían hecho creer los rumores que acerca de él habían llegado á la costa. Este lago no sólo es pequeño, sino que su desagüe va á secarse en áridas salinas. Cuando su descubridor, Livingstone, vió que los bayeyes no conducían la canoa á fuerza de remos, sino que la empujaban con pértigas, escribió resignado: «No puede ser de gran utilidad como vía mercantil», habiéndose convencido de que en los meses que preceden á la llegada de las abundantes corrientes procedentes del Norte, que corresponde á nuestra primavera, la profundidad de ese lago disminuye de tal manera que las espesas cañas que quedan descubiertas en los pantanosos bordes hacen imposible que se acerquen á aquél ni siquiera los rebaños de bueyes. Esto no obstante, ningún viajero ha podido sustraerse á los atractivos de una superficie de agua viva emplazada en medio de tantas estepas, habiendo sido preciso reconocer que en la vida exuberante y abigarrada de los pueblos que alrededor del mismo habitan, ha ejercido benéfica influencia el modo de ser limitado, oscilante y aun retrogrado de dicho lago. Su único afluente de importancia es el Tioge, procedente del Noroeste, cuyo ancho, cerca de la desembocadura, no excede de 40 varas, á pesar de lo cual es muy profundo. El curso de este río, conforme al carácter de meseta que tiene el país, presenta un zig-zag tan marcado que Andersson lo remontó durante

14 días sin alejarse más de un grado de latitud del Norte del Ngami. El agua de este lago, cuando está lleno, es fresca, pero cuando está bajo es algo salada. El desagüe del lago lo constituye el imponente Zuga ó Botlete que muy lentamente (tanto que parece agua estancada) corre por la angosta punta oriental, prosiguiendo su curso en dirección hacia el Sudeste, en unas 20 millas geográficas, hasta desembocar en el lago Kumadua, uno de los sitios más bajos de esta parte del Africa, que cuando está lleno tiene una milla de ancho por 2 de largo: en cambio, en los períodos de sequía se convierte en una serie de fondos pantanosos. El Kumadua, cuya agua es sumamente salada, está rodeado, al Norte y al Este, por desiertos salinos más extensos que él mismo, formando verdaderas salinas.

La comarca que forman los alrededores del lago Ngami ofrece un interés especial por ser el terreno de transición á las formas tropicales, de suerte que en ella aumenta considerablemente la forma peculiar del Sud de Africa, constituida por superficies cubiertas de hierbas y á trechos de árboles y matas. Así es que aun cuando aparecen todavía preponderantes las plantas espinosas de la clase de las mimosas y de las euforbias y los musgos de las sabanas en forma de matas, tan propios de las tierras secas, se presentan además los árboles mopanes (*bauhinien*) formando espesas filas en las crestas de la colina plana de esta comarca ondulada. El gigantesco baobab ó baobal aparece por vez primera á los 22° y las primeras palmeras encontrálas Livingstone, que venía del Sud, en el arroyo Lothlakani, en los 21°28' de latitud Sud.

El valle del Zuga está poblado de bosques, por más que su vegetación no presente aún el carácter tropical. En cambio, los lugares más bajos y salinos de la cuenca del lago tienen una vegetación tan pobre como los terrenos más áridos del Kalahari.

La fauna de esta comarca era muy numerosa en la época en que los europeos la atravesaron por vez primera, y antes de que los betschuanos, tan aficionados á la caza, cambiaran el marfil por las armas de fuego. Los elefantes abundaban tanto allí, que uno de los que acompañaban á Livingstone mataba con frecuencia en un solo día muchos de estos paquidermos machos: según refiere el propio viajero, en los tres primeros años que siguieron á la apertura del valle del Zuga se mataron 900 de estos animales. Sólo Andersson mató en este país 90 rinocerontes. Los hipopótamos abundan en el Ngami y en el Zuga. Además de los antílopes sud-africanos comunes, hay allí dos ó tres clases de «cabrones acuáticos» que únicamente viven en los cañizales de los pantanos del Ngami y del Zuga. Los cocodrilos pueblan no sólo el lago Ngami sino también todas las lagunas y los ríos de lenta corriente. Andersson habla de diez y nueve distintas especies de patos y ánades.

Finalmente la abundancia de peces en estas aguas es extraordinaria y proporciona alimentación á una de las más hábiles poblaciones pescadoras de Africa, la de los bayeyes, por más que no haya conseguido vencer la preocupación de los betschuanos (bamangwatos), también aquí gobernantes, contra el uso del pescado.

Así como se dice del Sudán central que es imposible comprender su etnografía si no se conocen exactamente las relaciones de su población, tampoco puede obtenerse más que del propio modo en este teatro de las hazañas de los conquistadores sud-africanos—en donde se encontraron los bosquimanos y los namaquás con los betschuanos, zulús, ovahereros y africanos ecuatoriales—la clave, por lo menos, de una gran parte de la etnografía del Africa meridional y sud-ecuatorial.